

sejos de la reina. En el campo calvinista á falta del príncipe de Condé que era moderado, quedó el mando en Coligny y en Audelot, del partido de Ginebra, que con nada se contentaban sino quedaban del todo dominantes.

Fué recibido el duque de Guisa en París como un vencedor en triunfo, con repique de campanas, salvas de artillería, rodeado de la muchedumbre frenética de que era el idolo que sus proezas ensalzaba. Quedó como abrumada la reina Catalina bajo el ascendiente de su preponderancia. Llegó á pedirle el duque de Guisa una patente de mariscal de Francia con el nombre en blanco para llenarle con el de la persona que mejor le pareciese, con otros mas de dignidades inferiores. Con el duque de Guisa se entendia todo el mundo, y en especialidad los embajadores de los príncipes católicos, que se interesaban y protegían su partido.

El duque de Guisa marchó poco despues á Orleans á poner el sitio de esta plaza. Delante de sus muros le aguardaba el puñal de un asesino que le hirió por la espalda mientras se hallaba el de Guisa ocupado en espugnar sus arrabales. Pasaba Juan Poltrot por pertenecer á la servidumbre del almirante de Coligny, y aun se acusó á éste de haber inflamado el fanatismo del asesino por medio de agentes que le presentaron la accion como la mas grande y meritoria.

El golpe fué mortal; mas el duque no espiró hasta al cabo de tres dias que empleó en tomar disposiciones, hacer su testamento, y prepararse á la muerte como buen cristiano.

Fué este asesinato como un trueno para su partido; aun el contrario quedó como asombrado. Se levantó inmediatamente el sitio de Orleans, y quedaron como suspendidas y paralizadas las hostilidades.

Recibió París con un duelo universal los restos del que pocos dias antes habia sido objeto de tanto regocijo y entusiasmo. Se cubrieron de negro todas las igle-

sias, todas las corporaciones y comunidades salieron á recibir su cadáver, y con toda la pompa imaginable en tales casos fué acompañado hasta la catedral el carro fúnebre en que estaba colocado. A un mismo tiempo se celebraron sus exequias. Era Francisco duque de Guisa un gran personaje, como capitán, como político, sobre todo como hombre de partido. Nació sin duda para la revolucion y convulsiones en que hizo un papel tan distinguido. Sin su carácter dominante, sus grandes aspiraciones y energía acaso no hubiesen llegado las cosas tan á los extremos; y si las revueltas políticas se encendieron con el tiempo con un furor nuevo, fué tal vez porque dejó un hijo ó hijos herederos de su audacia y de su genio.

Por el pronto se presentó su muerte como un medio de negociacion para el partido moderado. Era ya un obstáculo menos para llegar al objeto que tanto apetecia. No era difícil traer á un punto de conciliacion al condestable de Montmorency y al príncipe de Condé que se hallaban prisioneros. Se les puso en libertad, para atender mejor á las negociaciones. El grande objeto á que se aspiraba era la reconciliacion de la familia de los Guisas con la del almirante; mas se oponia á ello el proceso que seguia en el parlamento de París, sobre el asesinato del duque, en que resultaba objeto de acusaciones el segundo. Al fin se vencieron mil dificultades; y en mayo de 1563 se publicó una tregua en que los dos partidos deponian las armas, en que se declaraba á todos buenos franceses, igualmente leales servidores del rey, y se renovaba el edicto de tolerancia del culto calvinista.

Habia sido la reina el agente y resorte principal de todas estas transacciones. Con una mano halagaba á Condé, á Coligny, y á los de su partido, y con la otra á los huérfanos de Guisa. Para dar mas estabilidad á los negocios y quitar pretextos de ambicion á las facciones, se habia creído un gran expediente declarar al rey mayor,

apenas entrado en 14 años. Mas habia echado el mal raíces demasiado profundas, para que se le curase con semejantes paliativos.

Procedia mas bien la tregua de cansancio y de horror á la guerra que del verdadero sentimiento de paz y de concordia. La mas mala fé reinaba por entrambas partes. Ni los hugonotes podian ser objeto de amistad ni para la córte, ni sus jefes mirar sin desconfianza á los que se mostraban tan condescendientes tan solo por la fuerza de las circunstancias. El proceso seguido en el parlamento sobre el asesinato del duque de Guisa, llegó á sobreseerse despues de diferentes altercados; mas Coligny era hombre del partido extremo, y el duque de Guisa habia dejado hijos que se le parecian. Era por otra parte un error el pensar que la reconciliacion de las cabezas de partido produciria concordia entre las masas. No habia llegado el tiempo de bastante ilustracion para que pudiesen existir unidas dos religiones de una misma creencia, siendo de un carácter de culto tan diverso. Se mostraban los católicos de Paris intolerantes y enemigos encarnizados de los hugonotes como nunca. Los calvinistas les pagaban hasta con usura la animosidad, y como sabian que eran los menos, estaban trabajados de inquietudes y temores de verse un dia victimas de alguna traicion ó golpe imprevisto por parte de sus enemigos. El príncipe de Condé y Coligny recibian á cada momento sus secretos planes de esterminio. La intolerancia religiosa, los agravios recibidos, los odios de partido, todo contribuia á hacer la paz y tregua de menos seguridad que la hostilidad abierta. El partido moderado procedia con la mayor circunspeccion para evitar una ruptura, mas esto mismo probaba lo eminente que era. A las autoridades de los pueblos donde los hugonotes dominaban se les prescribia que se observasen en toda su plenitud los tratados existentes y el decreto relativo á tolerancia: donde eran los menos, se mandaba se procediese con la mayor circunspeccion por no ofender la sus-

ceptibilidad de los católicos, por no provocar actos de violencia.

La reina Catalina tan activa y hábil en neutralizar mutuamente las facciones á fin de no ser dominada por ninguna, que se veia libre del crédito de un hombre tan poderoso como Guisa, naturalmente propendia á inutilizar en todo lo posible la influencia del príncipe de Condé, del almirante y sus amigos. Y por mucho que se quiera suponer que se movia por motivos puramente mundanos y políticos, algo hay que atribuir á sus creencias religiosas. La regente era católica, sobrina de un pontifice, y en un equilibrio de otros intereses debia de inclinarse á trabajar en la destruccion del calvinismo. El rey de España, el papa, los príncipes católicos trabajaban de consuno en esta grande obra de la estirpacion de la heregia, y para Felipe II fué el gran negocio de toda su existencia. Ya hemos hablado del viaje á Bayona de la reina y del rey de Francia con objeto de tener una entrevista allí con la córte de España. Hizo el mismo viaje la reina Isabel, y aunque Felipe no pudo acompañarla, envió al duque de Alba quien llevaba comision de hacer sus veces.

La conferencia tenia un objeto político y nadie lo ignoraba. El grande objeto era tratar de los medios de echar á bajo el calvinismo. El rey Carlos IX se le mostraba muy contrario. Catalina se habia echado en brazos del partido católico, y estaba muy agriada por algunos libelos de que habia sido objeto por parte de los calvinistas. En el viaje habia hecho muchas observaciones sobre el estado del país, y tomado medidas indirectas para disminuir las fuerzas materiales y morales de los disidentes. Por donde pasaba la córte se suspendian las predicaciones de los calvinistas, y en ninguna parte dejaba el rey de manifestar su horror al ver las cruces derribadas, imágenes mutiladas, y demas signos de devastacion religiosa por parte de los calvinistas.

El carácter de este jóven príncipe, apenas salido de

la infancia, se desarrollaba de un modo fatal para el partido calvinista. La mas fuerte antipatia se manifestaba en todas sus palabras y hasta en los gestos mas insignificantes de la impaciencia con que sufría el decreto de la tolerancia actual de que gozaban. Al rey Felipe II mostraba la mas grande deferencia, y de todos sus actos y pasos le daba la mas exacta cuenta. Sin su madre y el partido moderado del consejo que soñaba siempre con una amalgama de las dos facciones, no hubiese guardado consideracion ninguna con los calvinistas.

Fueron estos los consejos que dió el duque de Alba en las conferencias de Bayona. No andarse en contemplaciones ni en tratados con los hugonotes: acabar con ellos á toda costa aunque valiéndose del exterminio. Los consejos que daba en Bayona eran los mismos que iba á practicar en los Países Bajos. Era la opinion de todos los católicos celosos, la del pontífice, la del rey de España, de cuantos veían en los hereges los enemigos de Dios y de los tronos.

A la reina de Francia pareció muy violento y sobre todo sumamente peligroso este medio espedito de que hablaba el duque de Alba. Los calvinistas permanecían organizados y armados como en tiempo de la guerra. La misma suspicacia en que vivían con respecto á las intenciones de la córte redoblabá su cuidado y vigilancia. A las conferencias de Bayona habían dado toda su importancia; y los consejos del duque de Alba se los suponían. El príncipe de Condé á quien acusaba de flojo su partido y hasta de connivencia en los designios de la córte, se había vuelto á poner al frente de los suyos, y representaba sus intereses en cuantas ocasiones se ofrecían. Coligny, á quien llamaban el papa de los calvinistas, su hermano Audelot y los demás jefes, removían y se preparaban para nuevas luchas. La imprenta, libelos y sátiras de acusaciones y recriminaciones por una y otra parte, y la reina Catalina no era la que se llevaba la menor en estas producciones de censura.

El partido moderado trabajaba con mejores intenciones que definitivos resultados. En el mismo acto de la reconciliacion que pudieron conseguir entre el cardenal de Lorena y el almirante de Coligny, no quiso dar á éste la mano el hijo primogénito del duque de Guisa. Al salir de la asamblea dijo el almirante al duque d' Au-male otro de los hijos: « Coligny! En nada de lo que acaba de pasar he tomado parte alguna; te desafío á ti y á los tuyos por el asesinato de mi padre. »

Por ambos lados se preparaban á una ruptura de hostilidades. Los católicos se organizaban en cofradías en defensa de la religion contra los ataques de los calvinistas. En París revivía la antigua exaltacion y espíritu de intolerancia de que se habían dado ejemplos tan terribles. Cada dia se daba algun decreto que restringía mas ó menos las concesiones anteriores hechas á los hugonotes. Se hacían venir de los cantones católicos suizos 6000 hombres; y las tropas del duque de Alba, que á la sazón se dirigía á los Países-Bajos costeando la Francia, se presentaban en la opinion como instrumentos de los designios de la córte ó mas bien del rey de España, porque pasaba por dominar los consejos del de Francia.

Los calvinistas creyeron en estas circunstancias que no había un momento que perder, y por via de precaucion tomaron las armas los primeros. Los nobles dejaron sus castillos y se pusieron en actitud hostil antes que la córte tuviese noticia de sus disposiciones; tal era el secreto que en sus actos presidia. Su proyecto fué el que tuvieron en el principio de estas turbulencias cuando la conjuracion de Amboise; apoderarse de la persona del rey y llevársela á su campo. La córte se hallaba entonces en Monceaux sin tener la menor sospecha del designio. Mas al saberse que se acercaba el príncipe de Condé á la cabeza de cuatrocientos caballos, se determinó tomar inmediatamente el camino de París, pues en ninguna parte podia estar el rey mas al abrigo de los hugonotes. Se pusieron en efecto inmediatamente en marcha,

mas como el príncipe seguía la pista, se pusieron en Meaux bajo la protección de los suizos que acababan de llegar y que formando el cuadro, colocaron en medio á la corte, y al abrigo de sus lanzas la condujeron con toda seguridad á París, sin que el príncipe de Condé se atreviese á hacer ninguna tentativa.

La guerra estaba declarada, y se había vuelto á apelar al fallo de las armas. La campaña fué muy breve y no produjo mas que una batalla; la de San Dionisio, á dos leguas de París, también perdida por los calvinistas. Terminó en ella su larga vida de mas de 80 años el condestable de Montmorency, hombre muy leal en el partido católico, por principios y carácter; mas no de grande influencia en los negocios de la corte. Como capitán, no dejó gran fama, mas sí como soldado valiente y experimentado. Era ya demasiado viejo para aquella época de violencias en que se necesitaba de impetuosidad y de tanta dosis de energía. En la corte no fué muy sentido; en prueba de lo cual atribuyen á la reina regente el dicho de que tenía que dar gracias al cielo por dos cosas: la primera porque Montmorency había vengado al rey de sus enemigos: la segunda porque los enemigos la habían libertado de Montmorency. Mas pasa este dicho por apócrifo.

Las tropas calvinistas se retiraron hácia la frontera de Alemania, con objeto de recibir los refuerzos que de aquellos países aguardaban. Llegaron en efecto, mas su primer paso fué pedir el pago de los atrasos en que estaban. La caja del ejército hugonote estaba exhausta; mas lo que solo se vé en guerras de esta clase, todos los individuos sin exceptuar clase alguna, hasta los ínfimos sirvientes, escotaron para satisfacer el pago de los alemanes.

Mas la reina había vuelto á sus sentimientos pacíficos, y la idea de los horrores de la guerra la asustó de nuevo. Para impedir que los soldados alemanes pasasen adelante, se trasladó ella misma al campo de los calvinis-

tas y volvió á abrir el campo de las negociaciones. Se ajustó entre unos y otros nueva tregua. Se ratificó otra vez el edicto de tolerancia, y se concedió á los hugonotes lo que pretendieron; mas sin mas garantías que las palabras del tratado. Es incomprensible que los calvinistas tan suspicaces, que habían tomado las armas los primeros, se retirasen ahora cada uno á su casa de un modo tan tranquilo. Mas sin duda se creían los mas débiles. No era el amor de la paz; era el cansancio, la imposibilidad de hacer la guerra, el alma de estos tratados y avenencias.

CAPÍTULO XXVI.

Estado de Inglaterra.-De Escocia-Maria Estuarda.-Su matrimonio con Enrique Darnley.-David Rizzio.-Asesinato de este.-Asesinato de Enrique Darnley.-Bothwell.-Rapto de la reina por Bothwell. Se casan.-Insurrección.-Vencida la reina.-Su vuelta á Edimburgo.-Su cautiverio y destronamiento.-Se escapa.-Vuelta á ser vencida.-Toma asilo en Inglaterra.

Se hallaba á la sazón en un estado de tranquilidad Inglaterra, gobernada por Isabel con casi tanto despotismo como por Enrique VIII, mas con mayor inteligencia. Organizadora de su nueva iglesia, de que era el jefe y la cabeza, también se mostraba celosa de su preponderancia y hasta perseguidora de los que se movían fuera de su gremio. Mas conocía demasiado la tendencia del partido católico de su país, y sin relaciones con los príncipes de su creencia para no fomentar las disensiones que promovían las controversias religiosas. Así protegía con armas y dinero á los calvinistas de Francia aunque no participaba de sus opiniones, y con el tiempo extendió la misma mano auxiliadora á los Países-Bajos. Sabía que los príncipes de la liga católica la aborrecían de muerte: era natural que por derecho de defensa propia, los tratase de hostilizar por cuantos medios se hallaban en sus manos.